

ENRIC BARBAT



UN CANTANTE MALDITO

Barbat fue uno de los primeros de la «Nova Cançó». Ahora ha sido redescubierto por la intelectualidad barcelonesa y durante una semana dará unos recitales en el teatro Alexis barcelonés.

FUE uno de los primeros. Quizá ocupe el segundo o tercer lugar en el escalafón temporal de los iniciadores de la «Nova Cançó». Pero, pese a ello, nadie puede decir que Barbat sea hoy un cantante de inmensas mayorías (Serrat) o de inmensas minorías (Raimon). Barbat tiene su público y él ha contribuido a este hecho con su cadena de indecisiones profesionales. Hacedor de caminos en el mar, algo abúlico, este aparejador de treinta y canosos años siempre ha utilizado la guitarra y las palabras como analgésicos de sus propios males.

Tal vez por eso siempre ha puesto en duda que sus canciones fuesen aspirinas transferibles para paliar el dolor de cabeza y corazón de los demás. Desde sus comienzos, Barbat ha cultivado preferentemente el sarcasmo y la queja amorosa. Nunca ha prescindido del empeño civil de cambiar la vida, según la exigencia moral de Rimbaud. Pero no se ha dedicado a cambiar la Historia, y esto, en un contexto cultural de urgencia, ha alejado de su obra a esas inmensas minorías de que dispone un Raimon. Por otra parte, no existe en España (al menos en cantidades apreciables) esa burguesía progresista lo suficientemente dúctil como para combinar las lec-

turas de Konstantinov y de Malcolm Lawrey o las audiciones de Raimon y Barbat.

Creo que en la relación del espectador con la obra artística siempre hay una base de utilización. Una canción de Raimon la utilizamos como confirmación de que no estamos solos, de que ahí se expresa una voz con la que coincidiría la nuestra. Se trata de una compañía histórica, civil, imprescindible. Pero las actitudes culturales no nos convierten en rocas de granito, ni en ejecutantes fieles de un plan de vida mejor o peor lúcidamente fijado. Y si la actitud del «progre» a la española es un tanto granítica, un tanto escurialense, hay que atribuirlo a un mecanismo de defensa puesto a prueba por más de cien años de soledad perversamente acompañada por exterminadores.

Creo necesario este preámbulo a la hora de llamar la atención sobre la obra de Enric Barbat. La mayor parte de sus canciones se refieren al confuso reino del amor y del sentimiento insatisfecho. Con una cierta carga (incluso no es preciso tener demasiada) de chulería teórica, las canciones de Barbat son muy vulnerables. ¿Cómo es posible que se cante a la soledad, al amor frustrado, al buen vino, en estos

tiempos prohibidos? Sigue pensando como una maldición crítica la exclamación de Brecht: «¡Qué tiempos éstos en los que escribir sobre árboles puede ser un crimen!». Barbat no escribe sobre árboles, pero escribe sobre todos los miedos y los dolores irracionales del hombre. Son *chansons du malheur* que el sociólogo crítico podría emparentar con las alienaciones más pueriles de una sociedad capitalista, etc., etc. Y con el grado de certeza que históricamente podemos permitirnos, es muy posible que esto sea verdad. Pero también parece cierto que en la prehistoria en la que coexistimos, la noche complica la soledad, hay traumas de amor que pueden recorrer una vida, un día, una hora en la vida de Juan Pérez, y que hay horas bajas en las que las canciones de Barbat no sólo nos acompañan, sino que incluso nos propician la sana gimnasia mental de la desconfianza ante los espejos que nos favorecen.

El sentimiento satírico de la vida

Barbat vuelve ahora a la carga y dará recitales durante una semana en el teatro Alexis barcelonés. Es una *rentrée* con todas las de la ley, jaleada por

buena parte de la prensa y que tiene todas las características del cara o cruz. Barbat ha sido redescubierto en estos últimos meses por la intelectualidad barcelonesa. Los hay que se quedan con sus sátiras de costumbres o de problemas sociales. Los hay que prefieren al Barbat autodestructor, relator de sus males de amor. Creo que son dos autores en uno. Uno es el Barbat que medita sobre la frialdad del agua al amanecer:

Qué fría está el agua de buena mañana cuando pincha la pereza; quién pudiera bañarse en [buen vino o ducharse con cerveza, y ya después salir a la calle poniendo cara de tendero.

Pero la sátira no consigue ahogar el alegato que emerge con el estribillo:

Dieciséis grados de buen vino pueden provocar el amor.

«Las lágrimas de este valle —insiste Barbat— son buenas de soportar...». «Todo el mundo querría llorar cuando, en vez de agua salada, mane buen vino por el lagrimal». Barbat es un autor sumamente desvergonzado. No se trata del terrorismo cultural de Pau Riba, convertido en el indio perseguidor de todos los sueños de las reprimidas del país, la ma-

ENRIC BARBAT UN CANTANTE MALDITO

lencia de Barbat es brasseniana, cachazuda. Una de sus mejores y menos permitidas canciones, "L'amic Enric" («El amigo Enrique»), nos cuenta el largo monólogo de una recién casada que recibe al íntimo amigo de su esposo trabajador y ausente y termina por llevarle a la cama. La canción está llena de aciertos expresivos, como en ese tránsito de la moralidad a la inmoralidad en una sola estrofa:

Abre las sábanas y dice:
Me gusta el color blanco,
el blanco y la pureza
de su amor por mí,
de mi amor por él,
y nuestra ternura,
que tú, amigo Enrique,
eres el único en compartir.
¡Qué cara de espanto!
¿Qué haces, amigo Enrique?
¡Oh, querido amante,
qué frío hace fuera de la
[cama!

Otras veces la sátira se formaliza más trascendentalmente, como cuando se refiere a un cabaret de izquierdas o a los charnegos:

Se ha tirado demasiada tie-
[rra sobre el hombre,
sobre el antiguo dolor ante-
[pasado,
y todavía hoy el descendiente
[del pobre
con la cabeza gacha carga
[el saco
y todos sabemos callar llenos
[de impotencia
cuando, en nombre de una
[nueva "renaixença",
se escupe a la frente de los
[hombres humillados
el antiguo gargajo, mientras
[volvemos la espalda.

Una calle oscura

Pero el cantante-autor se mueve más a sus anchas en la sátira de las costumbres o en la propuesta de los temas de amor perdido o de amor insuficiente, para hacernos olvidar que siempre hay una calle larga, oscura, que nos devuelve a casa, que nos devuelve a la realidad:

Pisada triste, paso ligero
bajo los faroles de una larga
[calle
que me lleva a casa.
.....
Con las manos tocarse el
[cuerpo
para no sentirse perdido,

y recupero poco a poco
el caminar triste y vencido.

El tema de la calle que devuelve a casa, que devuelve a la realidad, aparece frecuentemente en las canciones de Barbat:

El tiempo de coger una ca-
[misa,
un par de calcetines,
el cepillo de los dientes
y... adiós, adiós,
es preciso volver a encontrar
[la larga calle
que siempre nos devuelve a
[casa.

Incluso en el triunfo del amor hay un regusto de derrota. El cantante está junto al cuerpo «... de mujer larga» y huele a pino y a ramas en el cabello de ella...

Con el corazón bajo el sobaco
[porque en el pecho no cabe,
con el corazón bajo el sobaco
[para tenerlo más a mano,
con el corazón lleno de ternu-
[ra y el viaje a flor de piel,
con el corazón lleno de ternu-
[ra, vacío de recuerdos
[el cesto,

los ojos a plena luz,
a plena luz de abril,
buscando el amor cuando
[llueve,
cada gota vale mil.

Pero la conclusión no propicia ni al final feliz ni al final «literario», para entendernos:

Un adiós de madrugada, aún
[ronda el sueño;
un adiós de madrugada, no
[volveré a encontrar tu
[nombre.

Un papel en la cómoda dice:
["Recuerdos, que duermas
[bien".

Un papel en la cómoda, una
[ducha y a la calle.

Yo sé que hasta un cierto punto, que depende de lo bien que nos cuadren los metafísicos galones de la raza, Barbat nos incita, como muy pocos cantantes, a la participación. Pero la maldición del cantante consiste en que sus canciones son una continua propuesta para que el público comparta unas debilidades ciertas, pero inútiles. Unas debilidades cuya asunción, en apariencia, no nos ayudará ni a ganar más dinero ni a ganar más batallas históricas. Y hoy por hoy nuestro público está práctica y unívocamente empeñado en una u otra tarea. ■ M. V. M.

